egregia y valerosa prole destinada á subyugar el orbe entero.»

Al fin, saliendo de su meditacion, exclama alborozado:

«—¡Cumplan los dioses nuestros propósitos y sus propios agüeros! Lo que pides ¡oh Troyano! te será otorgado. Miéntras reine aquí Latino no os faltarán tierras feraces ni echaréis de ménos las riquezas de Troya. Sólo exijo que el mismo Eneas, si tanto codicia mi alianza, si quiere de véras ser mi huésped y mi compañero, venga á mis estados y no rehuya mi semblante amigo: prenda bastante de paz será para mí estrechar la mano de vuestro rey. De mi parte le llevaréis vosotros estas razones: una hija tengo á la que me vedan dar esposo de nuestra nacion los oráculos del santuario paterno y mil prodigios celestes, pues todos á una voz anuncian ser destino del Lacio que ha de venirme de extranjeras playas un yerno, cuyo linaje sublimará hasta los astros la fama de nuestro nombre. Si no me engañan mis predicciones, vuestro rey es el que designan los Hados; así lo creo y así lo deseo.»

En seguida elige entre los trescientos hermosos y velocísimos caballos que tenía en sus magníficas cuadras, uno por cada troyano, y dispone que se los lleven cubiertos de ricas gualdrapas de púrpura, recamadas de varios colores. Del pecho les cuelgan colleras de oro; de oro son sus jaeces, y del mismo pulido metal los frenos. Al ausente Eneas manda llevar un carro y un tiro de dos caballos de etérea raza que arrojan fuego por la nariz, de la sangre de aquellos que formó la artificiosa Circé, cruzando ocultamente yeguas mortales con los caballos de su padre el Sol. Con tales presentes y amistosas palabras del rey Latino, vuélvense montados en sus soberbios corceles los embajadores de Eneas, ya mensajeros de paz.

«En esto, dice el inmortal poema, la altiva esposa de Júpiter, cruzando los aires en su carro, divisa en lontananza desde el siciliano promontorio Paquino á Eneas lleno de júbilo y á los Troyanos construyendo sus moradas para establecerse en tierra y renunciar á sus naves. Detúvose, al verlo, herida de punzante dolor, y moviendo la cabeza, exhaló del pecho estas palabras:

»—¡Oh estirpe aborrecida, oh hados de Frigia siempre contrarios á los mios! Por entre las huestes enemigas, al traves de las llamas, lograron abrirse camino, y voy creyendo, por quien soy, que mi númen se declara vencido y que he dado tregua á la lucha, harta ya de aborrecer. Irritada contra esos prófugos, los he seguido por todos los mares para contrariarlos en todos ellos: pero en los Teucros se han estrellado las fuerzas todas del cielo y del mar. ¿De qué me valieron las Sirtes, ni Scila, ni la enorme Caribdis? Libres de las olas y de mi enojo se disponen á poblar las suspiradas márgenes del Tíber. Marte fué bastante poderoso para aniquilar el feroz linaje de los Lapitas; el mismo padre de los dioses entregó la antigua Calidonia á las iras de Diana; y para tan gran castigo ¿cuál fué el crímen de los Lapitas, cuál el de Calidonia? Y sin embargo, yo, la poderosa consorte de Júpiter, yo, que nada he dejado por intentar, yo, que á todo he acudido por mí misma, ¡soy vencida por Eneas! Pues bien, ya que á tan poco alcanza mi númen, acudiré á ajeno auxilio; ya que no logro doblegar á los dioses del cielo, apelaré á los del Aqueronte. En buen hora que no pueda arrebatar á Eneas el imperio del Lacio, en buen hora el hado irrevocable le dé por esposa á Lavinia; cuando no otra cosa conseguiré á lo ménos oponer dilaciones al cumplimiento de esos grandes sucesos y exterminar á fuerza de guerras los pueblos de ámbos reyes. Únanse yerno y suegro á costa del sacrificio de los suyos; tu dote ¡oh vírgen! será la sangre de Rútulos y Troyanos. No será la hija de Ciseo la única que habrá concebido en sus entrañas una tea encendida; tambien el hijo de Vénus será otro Páris, y segunda vez las antorchas de himeneo serán funestas á la nueva Troya.»

Dicho esto, encamínase furiosa á la tierra y evoca de la mansion de las tinieblas infernales, donde moran las Furias, á la calamitosa Alecto [1]; por la diosa excitada, vuela el monstruo al palacio del laurentino monarca y destila en el seno de la reina Amata su letal ponzoña. Pero en tanto va ésta inficionando sus sentidos y cunde el fuego á los huesos, sin que todavía su alma se haya empapado toda entera en la infausta llama, habla así á su esposo con dulzura, y cual acostumbran las madres, prorumpiendo en tiernos lamentos por su hija y por las bodas frigias que se preparan:

«—¿Y habrías de dar nuestra Lavinia á esos Troyanos desterrados? le dice. ¿No te dueles de tu hija, de tí mismo y de su madre, pensando en su desolacion, así que el pérfido se lleve por mar á la robada vírgen? ¿No penetró asimismo en Lacedemonia el pastor frigio y se llevó á Helena á las ciudades troyanas? ¿Qué se ha hecho de tus sagrados juramentos, qué de tu antiguo desvelo por los tuyos, qué de tu palabra, tantas veces empeñada, á nuestro deudo Turno? Si para la princesa desean los Latinos un esposo de raza extranjera, si tal es tu firme resolucion y á ella te apremian los mandatos de tu padre Fauno, piensa que extranjera es toda tierra libre de tu dominio, y así lo expresaron los dioses. Ademas, si nos remontamos á su orígen verás que Turno procede del corazon de Micenas y que cuenta entre sus progenitores á Inaco y Acrisio.»

Inútiles fueron sus razones para convencer al esposo, el cual perseveró firme en su resolucion; entónces Amata, dominada ya por el veneno de las Furias, corrió delirante por la ciudad, presa de espantosas visiones; huyó luego á las selvas cual bacante, y en ellas escondió á su hija para sustraerla al enlace con Eneas. Puesta

[1] Véase tomo I, pág. 647.

en medio de las madres que, abandonando sus casas, la habían seguido dando al viento los cuellos y las sueltas cabelleras, blande desatentada una tea encendida, canta las bodas de Turno con su hija, y grita con furioso acento:

«—Oidme ¡oh madres latinas! si aún os queda en el pecho piadoso algun cariño á la desventurada Amata, si en algo teneis vuestros derechos de madres, desataos las vendas del cabello y celebrad conmigo orgías.»

Voló en seguida Alecto á la ciudad de Ardea, morada de Turno, y transformándose en una vieja sacerdotisa de Juno, apareciósе en sueños al animoso mancebo.

«—¿Consentirás ¡oh Turno! le dice, en haber arrastrado inútilmente afanes tantos para que pase tu cetro á manos de colonos troyanos? El rey Latino te niega el pactado enlace y la dote que con tu sangre has ganado y quiere que un extranjero herede su reino; vé ahora, iluso, vé á arrostrar nuevos peligros para asegurar á los Latinos los beneficios de la paz sabiendo ya á dónde llega su agradecimiento. La misma omnipotente Juno me ha ordenado decirte estas cosas cuando estuvieras descansando en la serena noche. Ea, pues, arma á tu juventud guerrera, embiste á los caudillos frigios, acampados en las márgenes del rio, y abrasa sus pintadas naves; así lo mandan los dioses. Conozca y pruebe el rey Latino si, faltando á su empeño, se niega á darte por esposa á su hija, lo que valen y pueden las armas de Turno.

»—No ha faltado un mensajero para anunciarme que han entrado naves extrañas en las aguas del Tíber, contestóle el mancebo en tono de burla no conociendo á la deidad que le hablaba. Pero veo que exageras los peligros que me amenazan; vencida por la edad y sus estragos, incapaz por ello de discernir la verdad de las cosas ¡oh anciana! te forjas vanos temores. Vé á cuidar como debes de las imágenes de los dioses y de la seguridad del templo, y deja á los hombres el cuidado de las paces y las guerras.

»Estas palabras encienden en ira á Alecto, cuando pronto se apodera del jóven, que la reconoce y la implora, súbito temblor. Sus ojos quedan desencajados: ¡tantas serpientes silban en la Furia, tan patente se muestra en su horrenda figura! Entónces, con centellante mirada, rechaza á Turno, suspenso y empeñado en disculparse, irgue en su cabello dos culebras, chasquea el látigo y con rabioso acento dice así:

»—Aquí estoy, aquí me tienes, vencida por la edad y sus estragos, incapaz por ello de discernir la verdad de las cosas; yo que me forjo vanos temores y exagero los peligros que te amenazan. Mira estas serpientes; vengo de la mansion de las Furias, mis hermanas, y traigo en la mano guerras y matanzas.

»Y al decir esto, arroja una tea al mancebo y se la hinca en el pecho, humeante con tétrico resplandor. Rompe entónces su sueño indecible espanto; todo su cuerpo se empapa en sudor, que le cala hasta los huesos, y enfurecido lanza gritos de combate; respirando ansia insensata de lides y peleas, busca sus armas por todo el palacio, declara á sus principales caudillos que rota la paz va á marchar contra el rey Latino, y manda aprestar sus soldados y fortificar á Italia. Sus palabras despiertan en todos bélico ardimiento, é invocados los dioses prepáranse los Rútulos á la guerra, movidos del amor que profesan á su rey, unos por su gallardía y juventud, otros por su regia prosapia, aquellos por sus preclaras hazañas.»

Aún hizo más la rabiosa Furia; había un hermoso ciervo de gran cornamenta, al cual desde pequeño arrebataron á su madre y criaban los hijos de Tirreo, mayoral que era de los ganados del rey Latino y guarda de sus dilatados campos. Con particular amor cuidaba de él la hermana de aquellos mancebos, por nombre Silvia, la cual le adornaba las astas con guirnaldas, le peinaba el cuerpo y le lavaba en cristalinas fuentes. De dia vagaba el manso animal por las selvas, y á la noche, aunque ya muy entrada, volvía por sí solo al conocido hogar. Sucedió aquel dia que errante, lejos de él, cuando acababa de bañarse en el rio y estaba descansando del gran calor en la verde ribera, le levantaron furiosos los perros de Iulo, que por allí andaba cazando; inflamado el mancebo, disparóle una saeta que, dirigida por la Furia, fué silbando á traspasarle el vientre y los ijares. Huye el herido ciervo á la conocida morada, y lanzando gemidos entra ensangrentado en el redil, llenándolo con lastimeros acentos, cual si se quejara y pidiese compasion. Desconsolada Silvia al verle, implora auxilio, y á sus voces acuden los rústicos pastores, cuáles armados con palos de tostada punta, cuáles con robustas estacas, todos con lo primero que han encontrado á mano. Enterado del caso Tirreo, que estaba partiendo una enorme encina, ase de su hacha, llama á toda su gente y acude tambien respirando saña. En tanto la horrible Alecto, que, por allí escondida, vé llegada la ocasion de provocar grandes desgracias, sube al tejado de la alquería, y desde aquella altura hace la señal de los pastores, esforzando con la corva bocina su voz infernal, que hizo retemblar el monte y atronó á lo lejos las profundas selvas. Oyóla, dice el poeta, el apartado lago de Diana, oyéronla el rio Nar y las fuentes de Velino, y temblorosas las madres estrecharon al pecho sus hijos. Al punto los pastores, oida la señal, acuden presurosos provistos de improvisadas armas, y caen contra Iulo y los cazadores, en cuyo auxilio se precipita por todas las puertas de sus reales la juventud troyana.

Ordenadas las huestes, trábase la lid, no ya solamente con estacas y garrotes, sino con espadas de dos filos. Erízase la vasta llanura con horrible mies de lanzas y espadas, y reflejan las armas los rayos del sol. En esto, el jóven Almon, el mayor de los hijos de Tirreo, que lidiaba en primera fila, cae herido por

estridente saeta; á su lado sucumben otros muchos, y entre ellos, miéntras se ofrecía como mediador de paz, el anciano Galeso, el varon más justo y opulento de Ausonia. Cinco rebaños de ovejas y cinco vacadas volvían cada noche de sus dehesas, y en la labranza de sus heredades empleaba cien arados.

La muchedumbre de los pastores abandona al fin el campo de batalla, y corre hacia la ciudad, llevando los cadáveres de Almon y de Galeso, implorando á los dioses y tomando á Latino por testigo del desastre. Llega en esto el fogoso Turno, y en medio del ardiente y sangriento tumulto aumenta la confusion con sus quejas de que se llame al reino á los Troyanos, de que se solicite una alianza frigia y de que á él se le arroje del palacio. Tambien aquellos cuyas madres, poseidas de báquico furor, vagan por las enmarañadas selvas, acuden en tropel y fatigan el viento con sus bélicos clamores, pidiendo todos la guerra, áun á despecho de los presagios y contra la voluntad de los dioses. Resiste constante el rey Latino, hasta que al fin, viendo que no hay medio de conjurar el desacordado empeño, toma repetidas veces por testigos á los dioses y á las vanas auras, exclamando:

«—¡Ay, los Hados nos quebrantan, la tempestad nos arrolla! Con vuestra sacrílega sangre pagaréis ¡oh míseros! ese atentado. A tí ¡oh Turno! te está reservado lastimoso desastre y con tardíos votos implorarás á los dioses. En cuanto á mí, asegurado tengo mi sosiego; á la vista está el puerto de todas mis esperanzas, y sólo pierdo una muerte feliz!»

Dicho esto, se encerró en su palacio y abandonó las riendas del gobierno. No consintió en abrir ni siquiera en tocar con su mano las infaustas puertas del templo de la Guerra, custodiadas por Jano, y por haber él rehusado el fatal ministerio, la reina de los dioses, desprendida del cielo, empujó con su propia mano aquellas puertas, harto tiempo cerradas para su impaciencia: haciéndolas girar sobre sus rechinantes goznes rompe las férreas vallas de la guerra.

Italia, ántes sosegada, arde en bélico furor; unos se preparan á servir de peones; otros, jinetes en briosos corceles, levantan con sus furiosas arremetidas nubes de polvo; todos buscan armas. Unas acicalan rodelas y lanzas y afilan las segures en las piedras; todos se deleitan en tremolar banderas y en oir el sonido de las trompetas. Cinco grandes ciudades á porfía baten los yunques y renuevan las armas: la poderosa Atina, la soberbia Tíbur, Ardea, Crustumera y la torreada Antemna. Todos olvidan su amor á la reja y al arado, y por doquiera resuenan bélicos clamores y se observan guerreros preparativos.

Otros pueblos y otros ejércitos tomaron parte en la contienda; describiendo la hueste levantada para lanzar de Italia á los Troyanos, canta Virgilio:

«El primero que se encamina á la guerra desde las playas tirrenas con sus armadas cohortes es el feroz Mecencio, despreciador de los dioses. Junto á él vá su hijo Lauso, el más apuesto guerrero de Italia despues del rútulo Turno. Lauso, domador de caballos y terror de las fieras, capitanea mil guerreros de la ciudad de Agila; mancebo digno de mejor fortuna en el trono y de no tener por padre á Mecencio.

»En pos de ellos ostenta en el campo su carro decorado con palmas y sus vencedores caballos el hermoso Aventino, hijo del bizarro Hércules, llevando en su escudo la empresa paterna, la Hidra rodeada de cien serpientes. La sacerdotisa Rea, mujer unida á un dios, le dió á luz furtivamente en la selva del monte Aventino, despues que Hércules, muerto Gerion, llegó vencedor á los campos laurentinos y fué á bañar sus vacas íberas en el rio tirreno. Sus soldados llevan á la guerra picas y terribles chuzos con ocultos rejos y pelean con lanzas sabinas de redondo cabo. Aventino, á pié, vestido con la piel de un enorme leon y cubierta la cabeza con las quijadas de la fiera, se encamina al real alcázar, horrible con aquellos arreos á la usanza de los de su padre Hércules.

»Vienen despues dos hermanos, Catilo y el fogoso Coras, mancebos argivos, que han abandonado las murallas tibertinas, así llamadas del nombre de su hermano Tiburto; siempre en primera fila, se precipitan sobre las contrarias apiñadas huestes. No de otro modo descienden de la alta cumbre de un monte dos Centauros, hijos de las nubes, abandonando en rápida carrera el Omolo y el nevado Otris; ábreles la selva ancho paso, y por él caen tronchadas las ramas con fragoso estruendo.

»No faltó el fundador de la ciudad de Prenesta, el rey Céculo, tenido por hijo de Vulcano, nacido entre agrestes alimañas y hallado en una hoguera. Acompáñale innumerable turba de pastores, así los que moran en los campos de Gabina, en el frio Anieno y en las peñas Hérnicas, regadas por cien arroyos, como tambien los que se sustentan en la rica Anagnia y en las riberas del Amaseno. No todos ellos usan relucientes armas, ni pelean en carros; los más disparan con la honda balas de plomo; otros blanden dos dardos en la mano, y cubren la cabeza con rojos capirotes de piel lobuna; llevan descalzo el pié izquierdo, y una abarca de cuero les cubre el derecho.

»Mesapo, domador de caballos, hijo de Neptuno, á quien no es dado vencer con hierro ni con fuego, ha concitado á la pelea á sus pueblos, por largo tiempo sosegados, y ha empuñado el guerrero pendon. Con él marchan los escuadrones Fesceninos y los Faliscos, famosos por su justicia; los moradores en las alturas de Soracte y en los Flavinios campos, en las montuosas márgenes del lago Cimino y en los bosques Capenos. Caminaban en grupos iguales entonando loores á su rey, semejantes á una bandada de nevados cisnes.

»Clauso, del antiguo linaje de los Sabinos, capitaneaba una poderosa hueste; de él descienden la tribu y la familia Claudia, difundida por el Lacio desde que Roma lo cedió en parte á los Sabinos. Vienen con él la gran cohorte Amiterna, los antiguos Quírites, las armadas gentes de Ereto y de la olivífera Mutusca, los de la ciudad de Nomento, los de las húmedas campiñas de Velino, los que habitan las enriscadas asperezas de Tétrica, el monte Severo y las orillas del rio de Himela; los que beben las aguas del Tiber y del Fabaris, los enviados por la fria Nursia y las huestes de Horta y de los pueblos latinos. Tan numerosos como las olas que revuelve el africano mar cuando el fiero Orion se esconde en las aguas invernales, ó como las espigas que dora el sol en los campos del Hermo ó en los rojos sembrados de Licia, resuenan los escudos, se estremece la tierra al batir de sus pisadas.

»Acude en su carro el hijo de Agamenon, por nombre Haleso, enemigo del nombre troyano, trayendo en auxilio de Turno mil pueblos feroces, los que revuelven con el rastrillo los fértiles viñedos Másicos, los que moran junto al golfo Sidecinio y los guerreros enviados desde sus altos collados por los senadores de Aurunca; los de Cales y los del cenagoso rio Volturno, y con ellos el áspero Satículo y la hueste de los Oscos; sus armas son chuzos á los que ajustan largas correas. Una adarga cubre su brazo izquierdo, y lidian cuerpo á cuerpo con espadas corvas.

»No serás olvidado en mis versos ¡oh Obalo! de quien es fama que te hubo en la ninfa Sebetida el rey Telon, cuando ya anciano reinaba sobre los Telebos de Caprea. El hijo extendió su imperio á los pueblos Sarrastes y á los llanos que riega el Sarno, á los moradores de Bátulo y Rufra y á los campos de Celena. Éstos blanden dardos arrojadizos al modo de los Teutones, usan capacetes de corteza de alcornoque, y en sus manos brillan rodelas y espadas de acero.

»La montuosa Nersa envió á aquella guerra á Ufente, de preclara fama y venturoso en armas; obedécele un pueblo feroz dado á la montería; armado labra su árida tierra, siempre sediento de pelea y rapiñas.

»Viene tambien, enviado por el rey Archipo, el fortísimo Umbro, sacerdote de la nacion Marruvia, ceñido el yelmo de ramos de oliva; con su canto y á una señal de su mano adormecía á las víboras é hidras de ponzoñoso aliento, y poseía el arte de curar sus mordeduras. No le bastó, empero, para sanar la herida de una lanza troyana, ni le aprovecharon para lograrlo sus monótonos cantos ni las hierbas cogidas en los montes Marsos. El bosque de Anguitia y las cristalinas aguas del lago Fucino lloraron su muerte.

»Veíase luego á Virbio, hermoso hijo de Hipólito; su madre Aricia le crió en los bosques de Egeria, en las cercanías de la playa donde se alza el rico altar de la bondadosa Diana. Es fama que Hipólito, despues que pereció por arte de su madrastra, y despedazado por sus furiosos caballos satisfizo con su sangre la venganza de su padre, tornó segunda vez á la tierra resucitado con hierbas de Peon que le dió la enamorada Diana. Entónces el padre omnipotente, indignado de que un mortal hubiese vuelto de las sombras infernales á la luz de la vida, precipitó con su rayo en las ondas estigias al hijo de Febo, inventor de la poderosa arte médica; mas la divina Diana esconde á Hipólito en retirada espesura y lo encomienda á la ninfa Egeria, para que allí, solo y sin gloria, pasase la vida bajo el nombre de Virbio. De aquí proviene que ni al templo de Diana ni á sus bosques sagrados se permita llegar caballos, porque éstos arrastraron por la playa al carro y al mancebo.

»Muéstrase armado entre los primeros el bizarro Turno; su alto almete, crinado de tres penachos, sostiene á la Quimera, arrojando por las fauces los fuegos del Etna; cuanto más se embravece la lid con la derramada sangre, más ella retiembla y vomita lívidas llamas. En el oro de su ligero escudo vense representadas á Io, convertida ya en vaca; á Argos, custodio de la vírgen, y á su padre Inaco, derramando de su cincelada urna un caudaloso rio. Síguele una nube de peones cubiertos de adargas, que se extienden por todo el ámbito de la campiña; entre ellos van la gente argiva, las huestes auruncas, los Rútulos, los antiguos Sicanos y los Labicos, de pintadas rodelas; los que moran en tus bosques ¡oh Tíber! y en la sagrada márgen del Numicio, los que abren con la reja la tierra del monte Circeo y los que habitan á orillas de la negra laguna de Satura.

»Venía en pos la guerrera vírgen Camila, de la nacion volsca, capitaneando lucidos escuadrones cubiertos de acero. No están avezadas sus mujeriles manos á la rueca ni á los canastillos de Minerva; pero sabe resistir los duros afanes de la guerra y vencer en su rápida carrera á los vientos; capaz habría sido de volar por cima de las mieses sin tocarlas ni doblegarlas, y de cruzar el mar, suspendida sobre las hinchadas olas, sin mojar en él las veloces plantas. Toda la juventud, todas las madres, salen de los caseríos para verla pasar y admirar su bizarría. Regio manto de púrpura vela sus delicados hombros, dorado broche sujeta sus cabellos; ostenta en la espalda una aljaba licia, y blande en su mano, á modo de los pastores, una lanza de mirto con ferrada punta.»

Fué padre de la heroína el rey Metabio, quien, perseguido por sus súbditos rebeldes y detenido en su fuga por el rio Amaseno, ató á Camila, muy niña aún, en el hierro de su lanza, y así la arrojó á la opuesta orilla prometiendo consagrarla á Diana si allí llegaba sana y salva. Dedicada Camila desde su infancia al ejercicio de la caza, alcanzó en él gran fama y llegó á ser la heroína famosa de los fabulosos tiempos de Italia.

Al levantar Turno el pendon de guerra en el alcázar

de Laurento y al retumbar con ronco estruendo las bocinas, conturbáronse de súbito los ánimos y ardió el Lacio en bélicos aprestos. Sus primeros capitanes, Mesapio, Ufente y Mecencio, allegaron con violencia auxilios de todas partes y talaron á los labradores los amados campos. Enviado Vénulo, parte á la ciudad de Diomedes en demanda de socorros y para participarle que los Teucros han llegado al Lacio; que á sus costas ha arribado Eneas con una armada trayendo consigo sus vencidos penates, que, á creerle, destínanle los Hados para reinar en aquellas regiones, que varios pueblos se han unido al héroe troyano, que su nombre tiene de cada vez más eco en las comarcas itálicas, y por último, que mejor que Turno y que Latino debía él conocer claramente lo que prometían aquellos comienzos y el resultado que de la guerra se proponía Eneas á serle propicia la fortuna [1].

En tanto graves cuidados pesaban sobre el ánimo del hijo de Anquises, y una noche en que, turbado el pecho con tristes pensamientos, se tendió en la playa para dar á sus miembros tardío descanso, el dios de aquellos sitios, el Tíber, se le apareció en figura de un anciano entre los frondosos álamos de la ribera, y levantándose del fondo de sus serenas aguas, cubierto con ligero cendal de verdoso color y ceñido el cabello de hojosas espadañas, le habló así, sosegando su espíritu, con estas palabras:

«—¡Oh hijo del linaje de los dioses que nos restituyes la ciudad troyana salvada de manos de sus enemigos y conservas el eterno Pérgamo! ¡Oh tú, esperado en el suelo de Laurento y en los campos latinos! Aquí tienes segura morada y seguros penates; no desistas ni te dé gran cuidado de esta guerra: ya para tí han acabado los grandes trabajos, ya han calmado las iras de los dioses. Y no pienses que esto sea ilusion del sueño; encontrarás tendida bajo las encinas de la ribera, una corpulenta cerda blanca dando de mamar á treinta lechoncillos blancos como ella; aquél es el sitio en que has de edificar tu ciudad, este es el descanso cierto de tus afanes. Pasados treinta años fundará Ascanio la ciudad de Alba, cuyo preclaro nombre recordará el encuentro de que te he hablado. Lo que te vaticino es seguro. Ahora te diré por qué medios alcanzarás la victoria, que es lo que más importa: escucha. Los Árcades, descendientes de Palante, que siguiendo las banderas de su rey Evandro vinieron á estas playas, edificaron en los montes una ciudad á la que pusieron por nombre Palantea, del de su progenitor Palante. Estos mantienen incesante y porfiada guerra con la nacion latina; ajusta, pues, con ellos estrecha alianza y asegúrate el auxilio de sus armas; yo mismo te conduciré por mis orillas y por mis aguas propicias, de suerte que puedas navegar contra la corriente. ¡Levántate, pues, hijo de una diosa! En cuanto desaparezcan bajo el horizonte las primeras estrellas ofrece á Juno las debidas preces y aplaca á fuerza de súplicas y votos su ira y sus amenazas. Luego que hayas vencido me tributarás honrosos sacrificios. Yo soy el cerúleo Tíber, rio el más querido del cielo, el que, como ves, ciñe estas riberas con abundosa corriente y cruza esas pingües campiñas. Aquí tengo mi gran palacio; mi fuente nace entre nobilísimas ciudades.»

Dijo, y se sumergió en las profundides de su corriente. A la luz del alba levantóse Eneas, y mirando la naciente luz del nuevo sol, coge en sus palmas ahuecadas agua del rio, conforme al rito, y dice:

«—¡Ninfas de Laurento, y tú, padre Tíber, de sacra corriente! mirad propicios á Eneas y apartad de él los peligros. Sea cual fuere la fuente do nacen tus aguas ¡oh tú, que te compadeces de mis desventuras! sea cual fuere el suelo donde brotas, siempre te consagraré ofrendas. ¡Oh el más hermoso de los rios, cornígero rey de los raudales de Hesperia! ayúdame tras tantos afanes y confirma tus prósperos oráculos con prontos auxilios.»

Escoge luego en su escuadra dos biremes; y miéntras los proveía de remeros y gente armada, aparece de pronto por medio de la selva ¡oh asombroso prodigio! y va á tenderse en la playa una cerda blanca rodeada de su cria, toda del mismo color. Sin dilacion inmoló Eneas en los altares de Juno la madre y la cria, y hecho esto, púsose en camino por el rio, cuyas aguas durante toda aquella noche se habían amansado para no oponer obstáculo al impulso de los remos.

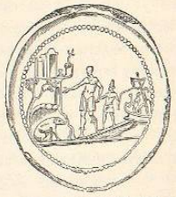

Fig. 701.—La cerda blanca. (Medalla antigua).

«Deslízanse por las serenas aguas con plácido rumor las cimbreadas naves, dice el poeta, y maravíllanse las ondas y maravíllase el bosque con el desusado espectáculo de los brillantes escudos de aquellos guerreros y de aquellas pintadas barcas que bogan por el rio. Dia y noche fatigan al remo, surcando los largos recodos que forma el Tíber entre variadas arboledas cuyo pomposo ramaje los cubre, y hendiendo las verdes selvas que en la mansa corriente se reflejan. Ya el sol inflamaba el zenit cuando divisaron á lo lejos unas murallas, una fortaleza y algunas casas, las mismas que ahora ha levantado hasta el firmamento el poderío

[1] Véase tomo II, pág. 221.

PIRÁMIDES DE GISEH.

romano y que entónces formaban la humilde capital del rey Evandro. Hacia ella enderezaron las proas y se acercaron á la ciudad.

»Estaba aquel dia el rey árcade ofreciendo en una selva inmediata á la ciudad solemnes sacrificios al ilustre hijo de Anfitrion y á los dioses; quemaban incienso con él su hijo Palante, los principales mancebos de la nacion y el reducido senado; tibia la sangre de las víctimas humeaba en las aras. Al mirar las altas naves que por entre la arboleda se deslizaban por el rio al impulso de los remos, sintiéronse todos dominados de súbito terror, y poniéndose en pié abandonaron con precipitacion las mesas; entónces el valeroso Palante, despues de impedir que se interrumpieran los sacrificios, empuñó fuerte jabalina y corrió al encuentro de los extranjeros, á los que gritó desde lo alto de un collado:

»—¿Qué causa ¡oh guerreros! os impulsa á estas ignotas regiones? ¿Á dónde vais? ¿Qué linaje es el vuestro? ¿De dónde venís? ¿Nos traeis la paz ó la guerra?

»—Troyanos somos, le contestó Eneas desde la alta popa agitando en la mano una rama de pacífica oliva, y fugitivos de las soberbias armas del Lacio. A Evandro buscamos; díle que vienen á pedirle alianza los caudillos de la nacion dárdana.

»Admirado Palante al escuchar el preclaro nombre de Troya, dijo:

»—¡Oh tú, quienquiera que seas! salta á la playa y ven á hablar con mi padre; ven á ser huésped de nuestros penates.

»Al mismo tiempo alarga la mano á Eneas y se la estrecha con cariño; dejando luego el rio, penetran juntos en el bosque.

»—¡Oh el mejor de los Griegos, á quien la Fortuna ha querido que dirija mis súplicas y tienda los ramos de oliva entrelazados con las sagradas ínfulas! dijo Eneas al monarca. Aunque eres caudillo de los Dánaos y Árcade, aunque unido por tu linaje á los Átridas, no me inspiraste temor, ántes bien la rectitud de mis intenciones, los santos oráculos de los dioses, nuestro orígen comun y tu fama, esparcida por toda la haz de la tierra, me han atraido á tí, impulsándome de consuno mi voluntad y los Hados. Dárdano, primer padre y fundador de la ciudad de Troya, nacido de Electra, hija de Atlante, pasó al país de los Teucros, al decir de los Griegos. Vuestro primer ascendiente es Mercurio, á quien la cándida Maya concibió y dió á luz en las heladas cumbres del Cilene, y á Maya, segun las tradiciones refieren, la engendró Atlante, el mismo Atlante que sustenta las estrellas del firmamento. De esta suerte vuestro linaje y el mio arrancan de un mismo tronco, y en esto fiado, no te he enviado embajadores ni he empleado artificios para explorar tus disposiciones: yo mismo te presento mi cabeza y vengo suplicante á tus umbrales, para decirte que la nacion de los Rútulos, nuestros enemigos, que te acosan con impía guerra, cree que arrojándonos á nosotros de sus confines, le será ya fácil someter por completo á Hesperia y dominar en cuanto espacio bañan los dos mares que por norte y mediodía le ciñen. Recibe, pues, mi fe y otórgame la tuya: conmigo traigo gente esforzada para la guerra, ánimos valerosos, y una juventud probada en la desgracia.

»Miéntras esto decía Eneas, contemplábale Evandro con viva atencion, y en seguida le contestó:

»—¡Con cuánto placer, oh el más ilustre de los Teucros, te recibo y te reconozco! ¡Cómo me recuerdas el acento, la expresion, el semblante de tu padre Anquises! Acuérdome de que habiendo ido Príamo, hijo de Laomedonte, á visitar el reino de su hermana Hesione, arribó á Salamina y fué de paso á recorrer los helados confines de nuestra Arcadia. Cubría entónces mis mejillas el primer bozo de la juventud, y causábanme admiracion los caudillos teucros, causábamela el hijo de Laomedonte; pero Anquises descollaba entre todos, y ardiendo mi mente en juvenil afan por hablar al héroe y enlazar mi diestra con la suya, lleguéme á él y le conduje solícito á las murallas de Feneo. Al separarnos me dió una soberbia aljaba llena de saetas licias y una clámide recamada de oro, á más de dos áureos frenos que ahora posee mi hijo Palante. Así, pues, gustoso accedo á la alianza que me proponeis, y mañana, apénas el primer albor del dia ilumine la tierra os despacharé provistos de socorros hasta donde alcancen mis riquezas. Entre tanto, pues venís como amigos, celebrad gozosos con nosotros este sacrificio anual y acostumbraos ya desde ahora á las mesas de vuestros aliados.

»Dicho esto, manda cubrir nuevamente las mesas de manjares y copas, y él mismo coloca á sus huéspedes en asientos de césped, brindando á Eneas á ocupar un solio de arce cubierto con la piel de un leon. En seguida algunos mancebos elegidos y el sacerdote del ara presentan las entrañas asadas de los toros, ponen en canastillos los dones de Céres y distribuyen los de Baco.» (VIRGILIO).

Saciado que hubieron el hambre los recien llegados díjoles el rey Evandro la significacion de aquellas sacras ceremonias, encaminadas á renovar y honrar la memoria de un gran beneficio recibido. Explicóles el terrible combate entre Caco feroz y el vengador Alcides y la muerte del monstruo entre las llamas que arrojaba con su aliento [1].

Concluidos los cantos y las ceremonias religiosas tomaron todos el camino de la ciudad; abrumado por los años, iba el rey entre Eneas y su hijo Palante, entreteniendo con varias pláticas la molestia del camino. Todo lo observa el caudillo troyano y de todo se maravilla; se entera de los sitios que recorren, y escucha una por una las tradiciones de los antiguos pobladores.

[1] Véase tomo II, pág. 28.

»—Faunos y ninfas indígenas, díjole Evandro, moraban antiguamente en estos bosques, poblados por una raza de hombres nacidos de los duros troncos de los robles, sin costumbres ni cultura alguna; no sabían uncir toros al yugo, ni allegar hacienda, ni guardar lo adquirido; los frutos de los árboles y la caza les daban desabrido sustento. Saturno fué el primero que, huyendo de las armas de Júpiter, vino del etéreo Olimpo á estas regiones, destronado y proscrito; él comenzó á civilizar á aquella raza indómita que vivía errante por los altos montes, y les dió leyes y puso el nombre de Lacio á estas playas en memoria de haber hallado en ellas asilo seguro donde ocultarse. Es fama que en los años que reinó Saturno fué la edad de oro: de tal manera regía sus pueblos en plácida paz, hasta que poco á poco llegó una edad inferior á la que siguieron el furor de la guerra y el ansia de poseer. Vinieron entónces huestes ausonias y tríbus sicanas, y muchas veces cambió de nombre esta tierra de Saturno; tambien entónces la dominaron reyes, entre ellos el soberbio Tíber, terrible gigante, por quien, andando el tiempo, los Italos denominamos Tíber al rio que este suelo riega, perdiendo así el antiguo Albula su verdadero nombre. Arrojado de mi patria y avezado á todos los trabajos del mar, la omnipotente fortuna y el inexorable hado me trajeron á estos sitios, á los que me impelían ademas los tremendos mandatos de mi madre la ninfa Carmenta y los oráculos del dios Apolo.»

Prosiguiendo su camino enseñó á Eneas el ara y la puerta que los Romanos denominaron Carmental, monumento levantado en honor de la profetisa Carmenta; mostróle en seguida el dilatado bosque donde Rómulo abrió asilo para los foragidos de la comarca, y desde allí le llevó á la roca Tarpeya y al futuro Capitolio, erizado entónces de silvestre maleza.

«—En este frondoso bosque, dijo Evandro, mora un dios no sabemos cuál: los Árcades creen haber visto en él al mismo Júpiter en el acto de golpear con la diestra su negra égida y de concitar las tempestades. Esas dos ciudades derruidas que ves más allá, añadió, son monumentos que recuerdan á los antiguos héroes que las poblaron. Fundó ésta el padre Jano, aquélla Saturno; ésta se llamaba Saturnia, aquélla Janículo.»

Esto diciendo, se encaminaban á la mísera ciudad de Evandro, y al llegar á su humilde palacio dijo el rey:

«—En estos dinteles penetró Alcides vencedor; esta morada le recibió en su seno. Desprecia ¡oh huésped! como él las riquezas y muéstrate digno de imitar á un dios mirando sin desvío mi pobreza.»

Y condujo á Eneas á lo interior de la reducida morada, haciéndole sentar en un estrado de hojarasca cubierta con la piel de una osa africana. Allí le dejó para que se entregase al necesario descanso.

Levántase el anciano con la aurora, despertado por los matinales cantos de las aves que gorjean sobre su humilde techo; vístese una túnica y calza sus piés con la sandalia tirrena; se ciñe al costado, suspendiéndola de los hombros, la espada de los Tegeos y revuelve en su brazo izquierdo una piel de pantera; síguenle dos perros, vigilantes guardas. Encaminábase junto con Palante á la estancia de su huésped Eneas, pero ya éste, no ménos madrugador, iba ya á su encuentro acompañado de Acates; llegándose uno á otro se dan las diestras, y sentados en recóndita estancia, habla el rey en estos términos:

«—Miéntras tú vivas ¡oh ilustre caudillo troyano! no declararé vencida la fortuna ni tendré por concluido el imperio de Troya. Escasas son las fuerzas con que puedo auxiliarte en una guerra en que se empeña la gloria de aquel gran nombre, pues por un lado me cerca el rio etrusco, y por otro me estrecha el Rútulo, cuyas armas resuenan al rededor de mis murallas; pero puedo atraer á tus reales grandes pueblos, reinos opulentos, convencido como estoy de que los prósperos Hados te han traido á estos sitios para que tengan término tus males. No lejos de aquí se levanta, cimentada sobre vetusto peñon, la ciudad de Agila, donde se estableció en otro tiempo la nacion de los Lidios, preclara en armas, al venir á las riberas etruscas. Transcurridos muchos años adquirió el rey Mecencio el dominio de esta floreciente ciudad y la gobernó con bárbaro imperio y crueles violencias. ¿Recordaré sus impías matanzas, los crímenes del tirano? ¡Caigan esos crímenes, oh dioses, sobre su cabeza y su linaje! Ataba á los vivos con los muertos, manos con manos, boca con boca (nuevo género de tormento), y así los dejaba perecer con prolongada agonía en aquel horrendo abrazo, chorreando podredumbre y corrompida sangre. Cansados al fin de tantas atrocidades, los ciudadanos se arman y atacan á aquella furia en su palacio, al que prenden fuego despues de acuchillar á los que lo tenían bajo su custodia; entre la mortandad y el incendio consigue el tirano escaparse y huir al país de los Rútulos, donde le protegen hoy las armas del rey Turno; mas la Etruria entera, en su justo furor, se ha sublevado, y armada reclama al rey para sacrificarlo. Yo quiero ¡oh Eneas! ponerte por caudillo de esos millares de hombres; ya sus naves apiñadas se impacientan en la playa, ya todos claman por marchar á la pelea; pero los contiene un anciano arúspice con estos vaticinios:

»—¡Oh escogida juventud de Meonia, flor y gloria de vuestros valerosos ascendientes! les dice. Vosotros á quienes un justo dolor impele contra el enemigo y á los que inflama Mecencio en justa ira, sabed que no concede el cielo á ningun Italo debelar á la poderosa nacion de los Rútulos; buscad capitanes extranjeros.

»Aterrada con semejante anuncio de los dioses, no sale de su campamento la hueste etrusca; su caudillo Tarcon me ha enviado embajadores que me trajeran la corona, el cetro y las insignias reales y me pidiesen que pasase á tomar el mando de sus tropas y á posesionarme del imperio tirreno; pero mi avanzada senectud, rendida al hielo de los años, me veda ejercer el mando supremo y no alcanzan ya mis fuerzas á soportar los rigores de la guerra. Quizas habría inducido á mi hijo á aceptar por mí la oferta, si por su madre sabina no fuese en cierto modo hijo de aquella tierra, y sin vacilar te incito á que vayas allá, tú, á quien los Hados conceden juventud y gran linaje; tú, fortísimo caudillo de los Teucros y de los Italos, designado por los dioses. Mi hijo Palante, esperanza y consuelo de mi ancianidad, irá contigo á fin de que á tu escuela aprenda la milicia y el duro oficio de Marte, vea tus proezas y se acostumbre á admirarte desde sus primeros años. Le daré doscientos jinetes árcades, la flor de nuestra robusta juventud, y Palante, en su propio nombre, te llevará otros tantos.»

Dijo así el rey, y miéntras Eneas y Acates permanecían abrumados en los pensamientos que aquellas palabras les habían inspirado, rasgóse de improviso el cielo y estalló vivo relámpago seguido de retumbante trueno; todo el espacio se estremeció, y resonó en los aires el ronco toque de las trompetas tirrenas. Alzan los ojos, y entre el horrísono fragor ven en las nubes centelleo de armas y oyen el estrépito con que chocan entre sí. Espantáronse todos, pero el héroe troyano conoció en aquel prodigio el cumplimiento de las promesas de su madre, y dijo á Evandro:

»—No discurras ¡oh huésped! sobre los sucesos que anuncia este portento; conmigo sólo habla el Olimpo; ya mi divina madre me anunció que me enviaría esa señal si llegase á estallar la guerra, y traería en mi auxilio, cruzando las auras, armas forjadas por Vulcano. ¡Oh cuánta mortandad amenaza á los míseros Laurentinos! ¡Oh, cómo vas á recibir, oh Turno, el castigo de tu tenacidad! ¡Cuántos escudos de guerreros, cuántos yelmos, cuántos cadáveres de fuertes varones vas á arrastrar en tus olas, padre Tíber! Vengan ahora cuando quieran á presentarnos batalla.»

Y levantándose del alto solio, fué á avivar los amortecidos fuegos del altar de Hércules, y se dirigió gozoso á ofrecer sus preces á los dioses lares que le recibieran la víspera y á los humildes penates de Evandro. Encaminóse luego á sus naves y revistó á su gente, de la cual eligió para que le siguiesen á la guerra á los más animosos y esforzados; los demas, dejándose llevar rio abajo por la apacible corriente, fueron á anunciar á Ascanio los prósperos sucesos de su padre. Da Evandro caballos á los Troyanos que han de marchar á los campos tirrenos, y manda traer para Eneas uno magnífico, cubierto todo él con una roja piel de leon con garras de oro.

Espárcese luego por la reducida ciudad la nueva de que para las tierras del rey tirreno va á partir la caballería árcade, y las madres angustiadas hacen votos á fin de evitar el cercano peligro. Ya los guerreros, verificados los necesarios preparativos, están dispuestos á marchar, y Evandro, cogiendo á su hijo de la mano, le estrecha en sus brazos, y entre llanto y sollozos le dice:

»—¡Ah! si Júpiter me restituyese á mis pasados años, al sér que tenía cuando al pié de las murallas de Prenesta arrollé la primera falanje enemiga, y con esta diestra lancé á los abismos del Tártaro al rey Erilo, á quien su madre Feronia dió al nacer ¡prodigio horrendo! tres almas y tres armaduras. Forzoso era darle tres veces muerte, y sin embargo, este brazo le arrancó aquellas tres almas y le despojó de sus tres armaduras. De poder recobrar mi antigua pujanza no tendría ahora que arrancarme, hijo mio, de tus queridos brazos, ni nunca el vecino Mecencio, insultando estas canas mias, habría causado con su espada tantos desastres, ni arrebatado á su pueblo tantos ciudadanos. Dioses, y tú, Júpiter, supremo rey de todos ellos, tened piedad del rey árcade y oid sus paternales preces; si los Hados han de restituirme incólume mi Palante, si he de vivir bastante para volverle á ver y estrecharle contra mi seno, concededme la vida, por muchos que sean los trabajos que me estén destinados; pero si me amagas ¡oh Fortuna! con un infando suceso, séame dado ahora, ahora mismo, romper el hilo de esta miserable vida, en tanto abrigo la incierta esperanza de lo venidero, miéntras me es dado abrazarte ¡oh hijo querido! única delicia de mi ancianidad, cuando aún no ha desgarrado mis oidos espantosa nueva.»

Esto decía el anciano en aquella postrera despedida; de pronto las fuerzas le faltaron y sus criados hubieron de llevarlo sin sentido á palacio.

Ya la hueste iba saliendo por las puertas de la ciudad, marchando entre los primeros Eneas y el fiel Acates, y viniendo en pos los demas próceres troyanos; en el centro del escuadron se distinguía Palante por su vistosa clámide y refulgentes armas. Temblorosas las madres, de pié en el adarve, siguen con los ojos la nube de polvo y el resplandor metálico que de la armada muchedumbre se desprende, en tanto que ésta, cruzando malezas, sigue su camino por sendas y atajos, levantando inmenso clamoreo, al que unen los alineados corceles el acompasado batir de sus cascos en la seca tierra.

Junto al helado rio que riega la ciudad de Cere existía dilatado bosque, famoso y venerado desde muy antiguo en todo el territorio. Era de tradicion que los antiguos Pelasgos, primer pueblo que ocupó los confines latinos, consagraron aquel bosque á Silvano, dios de los campos y de los ganados, é instituyeron un dia festivo en honra suya. No lejos de allí habían asentado sus reales Tarcon y los Tirrenos, y ya desde un empinado cerro podía descubrirse todo su ejército tendido por la espaciosa campiña; en él hacen alto Eneas y su escogida hueste, y hombres y caballos se entregan al descanso.

Allí fué donde recibió Eneas de su madre Vénus el don prometido, ó sean las preciosas armas labradas por Vulcano [1], y al propio tiempo ordenóle presentar batalla á los Laurentinos y al valeroso Turno.

En busca de éste, que á la sazon estaba descansando en un bosque consagrado á su abuelo Pilumno, envía Juno desde el Olimpo á Iris, la cual le habló en estos términos:

«—Lo que ninguno de los dioses se habría atrevido ¡oh Turno! á prometer á tus preces, vengo á ofrecértelo yo. Eneas, dejando su ciudad, separado de sus compañeros y de su armada, se ha encaminado á la regia mansion del palatino Evandro; más aún, ha penetrado hasta las últimas ciudades de Corito, donde está juntando una hueste de Lidios y armando á las gentes del campo. ¿Qué dudas? Ocasion es esta de pedir tus caballos y tu carro. Anticípate á su ataque, y arrebata por asalto sus desprevenidos reales.»

Dijo, y voló hacia las nubes describiendo inmenso arco; conocióla el mancebo, y alzando al cielo ámbas manos, dirigió estas palabras á la fugitiva mensajera.

«—Iris, ornamento del cielo, ¿quién te ha enviado á la tierra por las nubes en busca mia? ¿De dónde proviene ese súbito resplandor? Veo abrirse los cielos y las estrellas errantes por el polo; seas quien fueres, tú que me llamas al combate, me confío á ese gran presagio.»

Y al decir esto llegóse al rio, y cogiendo en las palmas un poco de agua, elevó á los dioses fervorosas preces.

Sin dilacion reune su numeroso ejército, muy fuerte en caballería y rico en vistosos arreos de variados colores. Mesapo capitanea las primeras haces, y los hijos de Tirreo las últimas; en el centro cabalga el rey, cubierto de relucientes armas, sobresaliendo entre todos su dorado yelmo, en el que ondea soberbio y rojo penacho. Dada la órden de marcha, no tardan los Teucros en ver alzarse de pronto densa polvareda y cubrirse los campos de tinieblas. Caico, desde una frontera atalaya, fué el primero en dar la voz de alarma.

«—Negro tropel ¡oh ciudadanos! se nos acerca en revuelta confusion. Pronto, aparejad el hierro, blandid los dardos, subid al adarve. ¡El enemigo se nos viene encima!»

Al punto los Teucros con gran clamor ocupan todas las puertas y llenan las murallas, ateniéndose á lo que al partir les prescribiera Eneas; éste, en efecto, habíales prevenido que en cualquier trance que les ocurriese, no presentasen la batalla en campo raso, ántes se limitasen á asegurar y defender su campamento atrincherado. Turno, que en su veloz carrera se había puesto á la cabeza del guerrero escuadron, se presenta de improviso delante de la ciudad, acompañado de veinte jinetes escogidos, caballero en un corcel de Tracia, manchado de blanco.

»—¿Quién me sigue, oh guerreros? grita. ¿Quién será el primero en acometer al enemigo?...

»—Yo seré, añade, y blandiendo un dardo lo dispara, dando así principio á la pelea, y se lanza intrépido al campo.

»Síguenle sus compañeros con horrísono estruendo, y se admiran al ver la prudencia de los Teucros, que, inertes, no bajan al llano ni presentan la batalla, ántes se limitan á guardar sus reales, en tanto que Turno, á caballo y fuera de sí, registra por todas partes los muros buscando una entrada por extraviadas sendas. En vano lo intenta, y para arrancar de sus empalizadas á los encerrados Teucros y sacarlos á campo raso, dirígese contra las naves, que tenian varadas junto al campamento y estaban cercadas de trincheras y defendidas por las aguas del rio. En su furor blande el Rútulo un pino encendido, y exhorta á sus entusiasmados compañeros á ponerlas fuego; precipítanse todos en pos de él, inflamados por su ejemplo, y las teas que sus manos agitan esparcen sombrío resplandor y levantan hasta las estrellas nubes de pavesas y humo.

»¿Cuál dios ¡oh Musas! pregunta el poeta, apartó de los Teucros el horrible incendio? ¿Cuál repelió de sus naves las devoradoras llamas? Decidlo vosotras: antigua es esta tradicion, pero dura aún y durará eternamente. En la época en que por primera vez labraba Eneas su armada en el frigio monte Ida y se disponía á surcar con ella los mares, es fama que Cibeles, la madre de los dioses, habló á Júpiter en estos términos:

»—Pues eres señor del Olimpo ¡oh hijo mio! otórgame lo que voy á pedirte. Yo tuve en la más alta cumbre del monte Ida un pinar, retiro mio predilecto durante muchos años; en él, entre las sombras formadas por negros pinos y robustos alerces, los Frigios me tributaban culto. Cuando el príncipe troyano construyó su armada le dí con gusto aquellos árboles; pero ahora temo por ellos. Ahuyenta, pues, mis temores y concede á las preces de tu madre que no los quebrante ninguna travesía, que no sean vencidos por ningun vendaval; válgales haber nacido en nuestras montañas.

»—¿Qué exiges de los Hados, oh madre? replicó el hijo de Saturno. ¿Qué me pides para esas naves? Obra de mano mortal ¿han de ser por ventura inmortales? ¿Ha de arrostrar y vencer Eneas todos los azares? ¿Cuál dios alcanzó jamas tamaño poder? Baste que á todas las que, salvadas de las olas y terminado su derrotero, arriben á los puertos ausonios y lleven al guerrero dárdano á los campos de Laurento, les quite yo la forma mortal, disponiendo que se truequen en diosas del vasto mar, semejantes á Doto, hija de Nereo, y á Galatea, que cortan con su pecho el espumoso Ponto.

»Y acompañó sus palabras con el solemne juramento por las aguas de la Estigia; inclinó la cabeza, y con aquel movimiento retembló el Olimpo.» (Virgilio).

[1] Véase tomo I, pág. 548.

Llegó el dia en que la terrible acometida de Turno llevó el incendio á las sagradas naves. Devoran las llamas la brea, la cera y otras materias inflamables; del mástil suben á las velas, y de los bancos de los remeros salen torbellinos de humo. En esto brilló de pronto á los ojos de todos desusada luz y se vió cruzar el cielo una gran nube por la parte de la aurora; resonó el espacio con el agudo fragor de los címbalos de cobre y con los sonidos de la trompeta. Lanzóse la diosa en su carro tirado por leones dóciles al freno, y una horrenda voz que llenó de espanto á una y otra hueste, gritó:

«—No os afaneis ¡oh Teucros! por defender mis naves, ni por ello aparejeis las armas; ántes logrará Turno incendiar los mares que mis sagrados pinos. Vosotras ¡oh naves! id libres; id, diosas del piélago; la Madre lo manda.»

Y al punto retumba el trueno, y cae impetuoso el granizo entre torrentes de lluvia; los vientos cruzan el aire y trastornan con furia las olas. Rompen las naves los cables que las amarran á la playa, y á manera de delfines sumergen las proas en lo más hondo del mar, de donde ¡oh prodigio! salen y circulan por el Ponto tantas figuras de vírgenes cuantas eran las ferradas naves que ántes cubrían la ribera. «Su azulado color no sufre transformacion; hermosas y ágiles Nereidas corren juguetonas por las mismas aguas que poco ántes les infundían temor; nacidas en ásperas montañas, habitan ahora en las movedizas olas sin que echen á ménos su silvestre orígen. Sin embargo, no se borran de su memoria los grandes peligros que en los mares han corrido, y se las ve á menudo dar socorro á los bajeles combatidos por la tempestad, excepto á los Griegos: el recuerdo de las desgracias de Troya hácelos para ellas odiosos. Con ojos serenos y contento el pecho miraron destrozada la nave de Ulises y con gozo igual vieron á la de Alcinoo quedar inmóvil y tomar la forma de un peñasco.» (Ovidio).

A la vista del prodigio pasmáronse los Rútulos; el mismo Mesapo quedó aterrado y se turbaron sus caballos. Suspendió su curso el ronco Tiber, y retrocedió como temeroso de lanzarse al mar. Y sin embargo, no decae el valor del audaz Turno, ántes con estas palabras alienta é increpa á los suyos:

«—Los prodigios que acabais de ver á los Troyanos amenazan. Ya Júpiter les retira el acostumbrado auxilio, y á los dardos y á las llamas de los Rútulos ya nada resiste. Cerrado queda á los Teucros el camino del mar y no les resta esperanza de fuga. Huir por agua les es imposible, y la tierra es nuestra, ya que innumerable muchedumbre ítala se alza en armas contra ellos. No me amedrentan á mí los fatales presagios de los dioses que tanto preocupan á los Frigios; á los hados y á Vénus bástales haber alcanzado que arribasen los Troyanos á los campos de la fértil Ausonia, pues tambien tengo yo mis hados contrarios á los suyos, y son los de exterminar á filo de espada á esa execrable gente que viene á arrebatarme mi esposa. No á los Átridas, no á Micenas únicamente ha de ser dado sentir y vengar con las armas semejantes agravios. Con los infortunios experimentados había de bastarles para que escarmentados detestasen á todo mujeril linaje; pero nó, todavía se muestran jactanciosos y arrogantes, y cifran su confianza en la empalizada, en los fosos que de nosotros los separan ¡pequeño obstáculo para su muerte! ¿Acaso no han visto reducidas á escombros las murallas de Troya, fabricadas por mano de Neptuno? ¿Quién de vosotros ¡oh guerreros! descargará el hacha en esa empalizada y arremeterá conmigo esos acobardados reales? Para atacar á los Teucros no necesito yo de armas de Vulcano ni bajeles; únanseles en buen hora como auxiliares los Etruscos; no teman de nosotros tenebrosas emboscadas ni el inútil robo del Paladion, asesinados los centinelas del supremo alcázar, ni hemos de escondernos en el oscuro vientre de un caballo: á la luz del sol, á pecho descubierto, he de poner fuego á la cerca que les sirve de muralla. Yo les haré ver que no tienen por contrarios á los Griegos ni á la juventud pelasga, á la que Héctor mantuvo entretenida diez años. Y ahora, compañeros, pues ya ha transcurrido la mejor parte de dia, destinad al descanso lo que resta de él y preparaos para la próxima batalla.»

Ordena en seguida á Mesapo apostar destacamentos en todas las puertas y rodear de hogueras la muralla, y escoge para que vigilen con sus tropas el campamento catorce jefes rútulos, á cada uno de los cuales siguen cien mancebos cubiertos de purpúreos penachos y de brillantes armaduras, los que por turno ora rondan por el campo, ora, tendidos en la hierba, saborean los placeres del vino. Brillan á trechos las fogatas, y el juego entretiene á los que velan.

No eran menores los preparativos entre los Teucros, quienes miraban armados desde sus trincheras los de sus sitiadores. Todos, estimulados por Menesteo y por el impetuoso Seresto, á los que Eneas cometiera el mando de las tropas, se aprestan para la resistencia. La hueste entera comparte por suertes el peligro, relevándose unos á otros en la custodia del muro.

El esforzado Niso guardaba una de las puertas y junto á él estaba el gallardo Eurialo, pues ámbos amigos no se separaban jamas.

«—¿Serán por ventura los dioses ¡oh Eurialo! dijo Niso, los que infunden este ardor en mi espíritu, ó tal vez cada cual se forja un dios de sus propios apetitos? Ello es que ardo en ansia de pelear ó de acometer alguna grande empresa, y que no acierto á permanecer tranquilo. Bien ves cuán confiados, cuán desprevenidos están los Rútulos; sus hogueras brillan cada vez más escasas; rendidos al sueño, dormirán tendidos por el